



En este equipo del Club Atlético, de Madrid, figuran con éxito dos jugadores argentinos, Valdiviello y Candia, medio y delantero respectivamente. El Atlético es uno de los clubs que se mantuvo por sus méritos entre los primeros de la tabla clasificatoria.

El Deportivo de la Coruña ha fichado a los jugadores argentinos Ponce de León y Franco, uno y otro excelentes jugadores, sobre todo el centro delantero, clásico eje de ataque en la forma que lo interpretan en Buenos Aires: la infiltración en el área, suave, sin brusquedades.

He aquí el combinado nacional uruguayo que había de proclamarse campeón olímpico en los Juegos de París ante los asombrados técnicos de Europa. Hasta entonces nadie creía en el fútbol de la América latina, pero los Urdinarán, Scarone, Andrade, Petrone y demás colosos se encargaron de forzar las puertas de la fama deportiva, haciéndolo además con llave de oro.

El San Lorenzo de Almagro revolucionó el ambiente futbolístico español. Las causas de ello fueron la demostración y enseñanza de algo nuevo, basado en el movimiento constante de los jugadores—desmarque—, con esa intuición latina tan espectacular y rica en matices. Martino, Pontoni, Greco y demás argentinos demostraron muchas cosas, y admiraron a los públicos. Con ellos vino un español, Zubietta, hombre de extraordinaria clase.

ESPAÑA E HISPANOAMERICA

RECIENTEMENTE, la Real Federación Española de Fútbol tomó el acuerdo de permitir la intervención de jugadores sudamericanos en la Copa del Generalísimo. Con ello, se les vino a otorgar una especie de nacionalidad deportiva hispana y a fundir más aún los cordiales meridianos que unen la vieja Península con el entrañable perfil del mapa colombino.

¿Fue acertado este acuerdo? Desde nuestro punto de vista, deportivo y español, la idea nos parece perfectamente buena, puesto que toda la América latina es una continuidad de la geografía ibérica, una parte del área espiritual y cartográfica que constituye el mundo hispánico.

—Comprenderá usted—nos dice el doctor Muñoz Calero, presidente de la Federación—, que si existe una convalidación de títulos universitarios y un estrecho entrecruce castrense que facilita el cumplimiento del servicio militar para españoles y argentinos en cualquiera de los dos Ejércitos, en fútbol teníamos que hacer también esta excepción.

—Era obligado—respondemos—; ¿pero, de quién partió la iniciativa?

—Del Deportivo de la Coruña, que tiene a Ponce y a Franco. El club gallego planteó la papeleta y, como los razonamientos no podían ser más lógicos, accedimos muy gustosamente.

—Causas deportivas y de carácter sentimental, ¿no es cierto?

—Pues, sí. Argentina es un pedazo muy querido de la América hispana, un país donde los jugadores conservan muchas virtudes y aun incluso algunos defectos del juego español. La solución tenía que ser ésta. Por razones reglamentarias y por motivos de índole sentimental.

Así nos hablaba el presidente de la Federación Española de Fútbol al finalizar un encuentro de Liga en el Estadio Metropolitano, de Madrid, mientras el público desfilaba y comentaba lo que acababa de presenciar. En el terreno, entre los hombres que buscaban el túnel de acceso de los vestuarios, iban los jugadores argentinos Candia y Valdiviello, que podrán ya vestir las camisetas de su equipo a todo lo largo de los dos calendarios oficiales, sin interrupción alguna.

Y no se nos olvidará nunca la caballerosa respuesta de José María Acha, tan española e hidalgo: —Mire usted. Los partidos deben ganarse en el campo, que es donde los están ganando los uruguayos. En esta tesitura, ¿vamos a presentar nosotros un alegato sobre el profesionalismo de Scarone? De ninguna manera. Los españoles, a Dios gracias, somos un poco quiéjotes y, además, jugamos limpio.

INTERCAMBIO CONTINENTAL

Después de los juegos de Amsterdam, se inició el óxido sudamericano a tierras italianas. En aquellos años, América pagaba mal y en cambio Italia era un auténtico paraíso para los profesionales del fútbol. Hacia la península del «bel canto» se fueron los Orsi, Guatía, De María, Petrone y muchos más.

Sobre España tuvieron que pasar sin detenerse, por estar prohibida la intervención de jugadores extranjeros. Pero cuando más tarde se levantó el veto, un uruguayo del más puro estilo, Fernández, pasó a las filas del Barcelona, con cuyo equipo jugó la final de 1936 contra el Madrid en Valencia. Después, la guerra española hizo que se cambiase las botas de tacos por el fusil y las camisetas por el atuendo bélico.

Y en aquellas circunstancias, un grupo de jugadores, lo más florido y valioso del fútbol hispano, constituyó un conjunto que, tras recorrer Europa, salió el Atlántico para disolverse en América. Unos quedaron en la Argentina. Otros se fueron a México. Pero entre los componentes de la excursión, cuatro fueron los de más personalidad y brillante relieve: Lángara, Zubietta, Cilaurén y Luis Regueiro, magnífica baza de ases que dió grandes tardes de fútbol en tierras ultramarinas.

Lángara ingresó en el San Lorenzo de Almagro y sus primeras actuaciones llevaron al público de Buenos Aires la fuerte sensación de algo nuevo, trepidamente emotivo y espectacular. Los fantásticas disparos del tolosano desde treinta metros, levantaban de sus asientos a los espectadores y llevaban a las graderías la impresión de que el fútbol tenía también su belleza al margen de la filigrana, en aquel juego de Lángara que sólo apuntaba hacia un fin: el alucinante movimiento de números en el marcador.

Si el gran delantero centro llevó a los campos americanos el varonil perfume del clásico estilo español—remate y coraje—, Zubietta se adaptó fácil y rápidamente a los modos peculiares del mágico fútbol argentino. Cuando vino a Madrid, años después, el vasco estaba completamente impregnado por el malabarismo sudamericano, en un caso de influencia racial que fué de mayor fuerza en él por ser el hombre más joven del cuadro español.

Lángara retornó a la Península y al cabo de dos temporadas tomó nuevamente el camino de ultramar. Iraragorri regresó a sus lares norteaños colmado de triunfos y aun se alineó algún tiempo, con fortuna, en su antiguo club bilbaíno, para retirarse al fin cara a las brumas cantábricas.

Lejanamente, se dibuja en la pantalla del recuerdo la presentación en España del Colo-Colo chileno, con una trágica aventura en Valladolid, cuyo amargo y penoso punto final lo constituyó la muerte de un jugador de aquel conjunto. La lesión fortuita, de la que la garra de la fatalidad fué la única culpable, sirvió para levantar el revuelo de una campaña antiespañola tan injusta—y al fin ineficaz—, como todas las que formaron la falacia de la «leyenda negra»...

OTRAS EMBAJADAS DEPORTIVAS

Gorostiza, la «bala» futbolística que atravesaba el terreno pegado a la banda como una mortal y agresiva flecha, sintió también la tentación de los horizontes transatlánticos. Y allá fué con todos sus entorchados y su fama que revalidó cumplidamente, y aun tuvo tiempo para regresar y ser campeón de España con el Valencia.

Y en excursiones de fortuna dispar, en las que se entrecruzaron los triunfos y los baches, desfilaron por los estadios ultramarinos el Madrid, el Español, el Atlético de Bilbao...

Y fuera del paisaje futbolístico, también España tuvo en América otros embajadores deportivos. Los que se colocaron en la primera fila de todas las expectativas, permanecen vigentes en la memoria. Uzcudun, Ignacio Ara, Sangchilli, en el mundillo pugilístico. Y bajo la sombra de los frontones, los pelotaris que en tantos países hispánicos dilapidan día tras día las bellezas incomparables de ese juego tan viril y tan español. Y más recientemente, el gran ajedrecista Medina, que llevó a Buenos Aires una excelente muestra del espíritu latino.

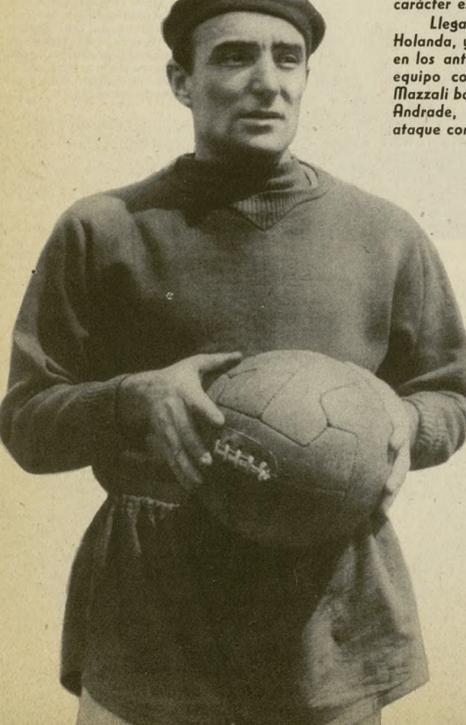
LA VISITA DEL SAN LORENZO DE ALMAGRO

Al término de su guerra, y en la necesidad en que se encontró España de adelantar las horas deportivamente perdidas, se permitió la incorporación de dos jugadores extranjeros por cada club. Influyó decisivamente en esta medida, la visita del maravilloso cuadro del San Lorenzo de Almagro, donde los Martino, Pontoni, Zubietta, Basso, Greco y demás figuras de la elegancia futbolística, demostraron la existencia de algo desconocido e increíble.

Los jugadores entonces campeones de la Argentina enseñaron, como antes los conjuntos uruguayos Nacional y Peñarol, que practicidad y belleza pueden ir del brazo en acción común hacia el triunfo. Así, con las triunfales exhibiciones del San Lorenzo, se abrió el periodo de importación de futbolistas, que permitió la llegada de Florencio, Nicolau y Da Silva al Barcelona, Camer al Español, Navarro al Madrid, Valdiviello y Candia al Atlético madrileño, Herrero al Valencia, Ponce y Franco

HACE MAS DE VEINTE AÑOS...

Nadie crea, sin embargo, que esta aportación actual del fútbol sudamericano es la primera invasión pacífica de deportistas de aquellas latitudes. Nada de eso. Hace muchos años, más de veinte, llegó a Barcelona uno de los hombres más famosos en los campos balompédicos del otro lado del mar: el uruguayo Scarone, maravilloso interior derecha cuya excepcional calidad perdura en la memoria de todos los aficionados veteranos. Scarone jugó en el conjunto catalán y su debilidad de haber aceptado compensaciones económicas, dió lugar a una de las anécdotas más sugerentes y reveladoras del carácter español.



Llegaron los Juegos Olímpicos de 1928 en Holanda, y Uruguay—ganador del torneo futbolístico en los anteriores, en París—, volvió a desplazar su equipo con todas las figuras de aquellos tiempos: Mazzali bajo los palos, Nazzari y Arispe en la defensa, Andrade, Fernández y Gestido en los medios y un ataque compuesto de Urdinarán, Castro, Petrone, Cea y Campelo. Los federativos uruguayos requirieron la presencia de Scarone, que se desplazó para participar con su país en el torneo «amateur».

Como estaba previsto, Uruguay y Argentina llegaron a la final, que necesitó de dos partidos para decidirse, resolviéndose al fin a favor de los uruguayos, los cuales ganaron el título por segunda vez. Nosotros fuimos testigos presenciales de lo que ocurrió en tal coyuntura. Y fué que, cuando España estaba ya eliminada, se acudió a la Delegación Española, representada por el malogrado José María Acha, para solicitar, por boca del representante de un país europeo, la peregrina instancia que vamos a transcribir:

—¿No se alineó Scarone como jugador profesional en el Barcelona, aunque tuviera ficha de aficionado? Ustedes poseen las pruebas necesarias para invalidar a los uruguayos.

—Sí, pero no lo haremos—respondió el delegado hispano.

—¿Por qué?—objetó el partidario de que España presentara la reclamación contra el Uruguay por el caso Scarone.

Lino Taioli, el preparador argentino que ahora entrena a los jugadores del Club Atlético madrileño, ha sabido mantener a su equipo en los primeros puestos durante el torneo nacional de Liga de Primera División.

INTERCAMBIAN SUS DEPORTISTAS

El Deportivo de la Coruña. Borbolla pasó como un meteoro por los campos hispanos y volvió a los parajes del jaripere y los corridos, dejando un agradable sabor en los paladares que gustaron de sus actuaciones.

¿Cuál puede ser la influencia de estas inyecciones sudamericanas en el fútbol español? Puede decirse que así como los españoles en el Uruguay y la Argentina enseñaron nuevas características—remate a distancia, coraje y juego de cabeza—, los argentinos, brasileños y uruguayos han traído a Europa las virtudes del desmarque en movimiento continuo y fluyente para huir de la vigilancia contraria, la penetración en el área con la pelota a ras del suelo, el dominio asombroso del balón y otros muchos e interesantes aspectos.

LA PROFECIA DE UN GALLEGO

Es curioso recordar que allá en 1924, cuando llegaron los uruguayos a España y saltaron del barco en Vigo, como punto inicial de su jira por la Península y prólogo de la Olimpiada de París, hubo un cronista—el infortunado Manuel de Castro («Handicap»)—, que, después de verlos jugar contra el Celta, escribió en su periódico—«El Faro de Vigo»—, un comentario que terminaba con estas frases, poco más o menos: «Por Coya ha pasado una ráfaga de los campeones olímpicos».

Aquel juicio profético del competente cronista gallego se cumplió de un modo absoluto. Uruguay ganaba el título mundial de fútbol, tras demostrar a la asombrada Europa la categoría y la clase del balompié sudamericano, que de esta forma logró abrir con llave de oro las puertas de la popularidad universal. El augural vaticinio de «Handicap» está hoy grabado en auténticas letras de oro en los locales de la Federación Uruguaya, como homenaje al que supo prever y anticiparse al sensacional acontecimiento que tuvo su confirmación meses más tarde.

VIDAS Y DESTINOS

De aquellos maravillosos campeones olímpicos, el negro Andrade—nombre incrustado en la letra de todas las canciones de los «dancings» del París de 1924—, vive muriendo por las calles de Montevideo. Petrone, el elegante centro delantero, pilota una magnífica cuadra de caballos de carrera, uno de los cuales—precisamente el bautizado con el sugerente apelativo hipico y españolísimo de «Amor Brujo»—, le ganó muchos y grandes premios. Scarone, Cea, Nazzari y los demás caminan con fortuna en la vida del progresivo país uruguayo.

Los futbolistas españoles que en 1937 pasaron el Atlántico todos prosperaron en los negocios. Los hermanos Regueiro tienen uno de los mejores bares de México, Blasco una sombrerería, Ventolrá se casó con la sobrina del general Cárdenas cuando éste era presidente de la República, Cilaurén continúa jugando, y Zubietta y Lángara son dueños de un importante café en una gran avenida platense.

¿Qué ha sido de Orsi, aquel genio del fútbol? Después de ganar mucho dinero en Italia, «Mumo» sintió la llamada de la patria y volvió a Buenos Aires, cuando nada tenía que hacer ya en el deporte activo. Por ello, pasó al Brasil como entrenador con escasa fortuna. Ahora, al parecer, se encuentra en Méjico tras haber derrochado una fortuna cuyos puntos suspensivos los constituyó la venta de sus medallas de oro que sumaban varios kilos. Fué su última transacción.

QUE SIGA EL INTERCAMBIO

Es necesario que se reanude el intercambio de equipos entre España, la Argentina, el Brasil y el Uruguay. De ello sólo beneficios mutuos pueden derivarse. Si América aporta su fútbol gracioso, malabarista, escurridizo y fino, España ofrece el bravo método de la línea directa hacia el gol, que Lángara enseñó un día en Buenos Aires cuando el River Plate caía con cuatro a cero ante los disparos de un desconocido joven tolosano, mitad futbolista, mitad león deportivo.

La vieja Península ha derrochado siempre a manos llenas el «fair play» creado por los británicos, como norma deportiva. Dentro y fuera del terreno de juego. Quien esto firma no podrá olvidar fácilmente cuando en aquellas jornadas olímpicas le correspondió el honor de dirigir una semifinal entre Argentina y Egipto, partido extraordinario que se decidió a favor del equipo de «Mumo» Orsi.

PEDRO ESCARTIN



El Barcelona posee una ala tomada por los argentinos Florencio Caffarati y Nicolau. El club catalán, que acaba de proclamarse campeón español de Liga, cuenta además con Enrique Fernández, preparador, uruguayo de nacionalidad, antes interior izquierda con los catalanes, de los que es hoy director técnico.



Iraragorri, el hombre que recorrió las canchas de Buenos Aires y Méjico, para volver a España cuando ya casi había dado cuatro toques que dar.

Zubietta, el español «argentinizado», marchó muy joven de la Península y asimiló en seguida la escuela platense. Así, cuando vino con el San Lorenzo, era en su estilo un sudamericano más. El vasco, jugador fino, inteligente y fácil, ha sido hasta hace poco el mejor medio volante de la Argentina, que es casi decir de América del Sur.

Lángara, el espectacular artillero, llevó a Buenos Aires un estilo distinto al que se practicaba en aquellos campos. Era la línea recta hacia el gol por el camino más corto y su debut contra el River Plate, marcando cuatro goles, es uno de los hechos futbolísticos más recordados en la Argentina.

El argentino Herrera, entrenador del Valladolid y antes del Stade de París y del equipo nacional francés, goza ya de gran popularidad en España.



Los hermanos Regueiro, Pedro y Luis, llegaron a Méjico siendo aún muy jóvenes y, según los más serios testimonios que desde allí llegaron, han sido los dos jugadores extranjeros que más honda impresión dejaron en el fútbol del país ateca, sobre todo la ágil infiltración de Luis, el delantero «de una sola pierna»—la derecha—, pero maravilloso en todo momento.